

APROPIACIÓN Y RESIMBOLIZACIÓN DEL PATRIMONIO EN EL ECUADOR. HISTORIA, ARQUITECTURA Y COMUNIDAD. EL CASO DE CUENCA*

Alexandra Kennedy T.

Universidad de Cuenca

RESUMEN

El artículo analiza la conservación del patrimonio arquitectónico en el Ecuador. Propone recuperar la noción de patrimonio ligada a la noción de ciudadanía. El ensayo plantea el estado de la cuestión en Ecuador, revisa los casos de Quito y Guayaquil y se concentra en la problemática en Cuenca, ciudad Patrimonio de la Humanidad desde 1999. Formula la necesidad de que la investigación y la difusión de la historia de estas ciudades sean adoptadas como parte de una política pública permanente.

PALABRAS CLAVE: Patrimonio cultural, patrimonio arquitectónico, historia urbana, políticas culturales, Quito, Guayaquil, Cuenca.

ABSTRACT

The article analyzes the conservation of the architectural patrimony of Ecuador. It proposes the retrieval of the notion of patrimony related to the idea of citizenship. The essay establishes the state of the art on the field in Ecuador, reviews the cases of Quito and Guayaquil and centers the problem in Cuenca, a city Patrimony of Humanity since 1999. It formulates the need that the research and diffusion of history in these cities should be adopted as part of a permanent public political policy.

KEY WORDS: Cultural patrimony, architectural patrimony, urban history, cultural policies, Quito, Guayaquil, Cuenca.

* Agradezco a los informantes que me ayudaron a perfeccionar y ampliar este ensayo. Destaco la colaboración de los ex ministros de Educación y Cultura, Dr. Juan Cordero I.; de Vivienda, Arq. Teodoro Peña; el ex director del movimiento ciudadano Acción Cívica y del INPC del Austro, Eduardo Vega; de los historiadores de la arquitectura de Guayaquil y Quito, Pablo Lee y Alfonso Ortiz, respectivamente; al arquitecto y restaurador Fausto Cardoso, de Cuenca; a la historiadora Debbie Truhan y a la geógrafa Ana Luz Borrero.

UNA DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS

Partamos del hecho de que todo individuo debe conocer su historia, reconocerse en ella y proyectar su existencia a partir de ella. Si es así, es obligación de todo pueblo el viabilizar la recuperación histórica, su relectura continua a través del ejercicio de la investigación y la activa y sostenida devolución de la misma a la comunidad. En este contexto, la arquitectura y sus escenarios naturales y culturales (las ciudades), deben ser conservados no solamente como patrimonio material de tal o cual pueblo sino, sobre todo, como una serie de hitos que ayudan a conocer de mejor modo el devenir histórico del mismo. Conservar el patrimonio, investigar sobre él –tanto aquel en pie como el desaparecido– y comunicar su historia deberían ser tareas interdependientes. Son, sin lugar a dudas, un deber de las entidades del Estado, gubernamentales o municipales, y también de las universidades, aunque no lo sean privativas. La colaboración de estas tareas desde los organismos no gubernamentales ha sido significativa si valoramos, sobre todo, la independencia de posiciones ideológicas.

El conocimiento histórico es y debe ser patrimonio de la humanidad. No existe un conocimiento histórico universal en abstracto, este se construye en colaboración, pieza a pieza, a partir de historias locales provenientes de las diversas regiones del mundo. Nos convertiremos en humanidad compartida en tanto y cuanto el individuo de las pampas argentinas, aquel del suburbio de Belfast o del desierto del Sahara, hayan conocido sus historias regionales y puedan, a partir de ellas, aprehender e incorporar respetuosamente las de sus vecinos. Todas ellas, aprehendidas y respetadas, constituyen la historia de esta Tierra. Plantearlo de esta manera es ciertamente una utopía pero creo que es imprescindible intentarlo aun nadando contra la peor corriente, la del capitalismo monopólico que tilda a estos procesos como inútiles y sin sentido.

Sin embargo, no me siento sola en esta utopía; existe una preocupación cada vez más evidenciada a nivel internacional, sobre la necesidad de proteger y promocionar la diversidad de expresiones culturales (y dentro de ello es central la historia de los pueblos), en donde se pretende reducir la actual corriente de homogeneización y estandarización que destruye el equilibrio entre las culturas. Así se expresaron representantes de entre 72 países que se reunieron en Madrid en junio del 2005, en la Cumbre Mundial de Cultura y que, unánimemente, aceptaron apoyar el borrador del Tratado de Protección de la Diversidad Cultural, promovido por UNESCO, que será sancionado en París el próximo octubre.

Entonces, a modo de recuentos, diagnósticos y recomendaciones, acá van algunas notas sobre el estado de la cuestión en Ecuador, su patrimonio arquitectónico y los procesos de recuperación y devolución histórica a sus propios habitantes, una etapa que parece haber arrancado a fines de los años setenta, en pleno *boom* petrolero. He utilizado a modo de ejemplos introductorios –con el fin de armar una historia coherente del proceso– a las dos ciudades paradigmáticas del país y las que mayor interés han recibido en este sentido: Quito, su capital donde, por razones económicas y políticas se han superado con creces las acciones en el ámbito patrimonial, y el puerto principal; Guayaquil, la urbe más populosa y rica del país, que en la última década ha tenido alcaldes cuya gestión ha redundado en el mejoramiento de una ciudad que se encontraba sumida literalmente en la basura y excluida de los recorridos turísticos internacionales.

Sin embargo, trato con más profundidad el caso de Cuenca, una ciudad intermedia (350.000 habitantes aproximadamente), situada al sur del país en la zona montañosa y que a pesar de su nominación como Patrimonio Cultural de la Humanidad, título otorgado por UNESCO en 1999, ha contado con pocos recursos para enfrentar, como desearía, no solo la investigación y restauración monumental del asentamiento precolombino cañari-inca (Guapondéleg/Tomebamba), un centro histórico de traza colonial y pocos monumentos de esta época, una riquísima arquitectura republicana, sino, y sobre todo, el mejoramiento general de la ciudad en su infraestructura y el enfrentar realmente y con decisión la ampliación de fuentes de trabajo para sus habitantes y los de las regiones circundantes (provincias de Azuay y Cañar) con el fin de impedir que continúe la masiva emigración.¹ Es indudable que el caso Cuenca puede servir de referente a la gran mayoría de las ciudades intermedias de América Latina cuyos problemas parecen ser similares.

Según observamos a lo largo de estas páginas, la conservación y restauración del patrimonio de estas ciudades intermedias, y en particular Cuenca, deja mucho que desear y algunas de sus edificaciones civiles y privadas van perdiendo su carácter original por falta de control municipal y por la especulación del suelo cada vez más fuerte en un centro histórico conver-

1. La migración desde el sur del país empieza a fines de los años 60 y se intensifica desde 1992 con la agudización de la crisis económica. Según la experta en migración regional Ana Luz Borrero, en esta etapa aumenta sustancialmente la migración de mujeres y la emigración neta asciende en años como el 2002 a cifras tan altas como 160.000 habitantes. Ver Ana Luz Borrero, *et al.*, *Mujer y migración: alcances de un fenómeno nacional y regional*, Quito, Abya-Yala, 1997; “Migración”, en Alejandro Guillén, edit., *Censo, familia, mujer y migración. cantones nororientales de la provincia del Azuay*, Cuenca, Universidad de Cuenca, FNUAP, PYDLOS, CREA, 1998, y “La migración: estudio sobre las remesas de divisas que ingresan en el Ecuador”, en *Revista de la Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador*, No. 1, año I, 2002.

tido hoy por hoy en un gran mall. El conocimiento de sus valores simbólicos, qué fue, qué cambios tuvo, qué significó un barrio, una calle o un puente destruido por las corrientes de uno de los cuatro ríos que la cruzan, es todavía más deficiente. Si bien englobado en una problemática mayor de la cual he de tocar solo ciertos aspectos sobresalientes y pertinentes, el conocimiento y apropiación del patrimonio cuencano es aún un sueño por cumplir. Como veremos más adelante, los esfuerzos por investigar la historia patrimonial de Cuenca y alrededores, y difundirla, ha sido fragmentaria, débil y desigual cualitativamente hablando. Sin embargo, es hora de poner un alto al problema e ir planificando desde las actuales entidades rectoras del patrimonio (Instituto Nacional de Patrimonio Cultural/Municipalidad/Consejo Provincial, sobre todo) y ejecutoras, en términos de investigación y difusión, como las universidades, organismos no gubernamentales, una serie de proyectos a corto y largo plazo que le permitan a la población entrar en un decidido proceso de contacto, apropiación y fortalecimiento de sus identidades. Nada es más cierto que aquel dicho popular de que se cuida y ama lo que se conoce.

UN POCO DE HISTORIA. LA DÉCADA DORADA DE LA CONSERVACIÓN PATRIMONIAL MONUMENTAL: 1977-1987

El ente regulador del patrimonio cultural ecuatoriano es el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC) creado en Quito en 1978, pocos meses antes de la declaratoria de esta ciudad –y las Islas Galápagos– como Patrimonio Cultural y Natural de la Humanidad (UNESCO). Recordaremos que este fue el año en que se instauró este tipo de reconocimientos a nivel mundial y que, además de los citados lugares, se admitió en la lista de premiados a la ciudad polaca de Cracovia.

Con este reconocimiento en mano el impulso dado a la conservación, iniciado por el Banco Central del Ecuador (BCE), fue aún más notorio. Tanto el BCE como –en menor grado– el INPC, continuaron con la cruzada por recuperar monumentos históricos individuales, hacer excavaciones arqueológicas, montar museos, o documentar el patrimonio archivístico de Quito. Fue lo que podemos llamar la década dorada de la conservación patrimonial monumental (1977-1987), ya que, si bien empezó por esta ciudad, fue pensada y ejecutada desde ambas entidades con una visión nacional, pluralista y diversa. Un personaje clave en este proceso fue el director del Museo, el arquitecto Hernán Crespo Toral. Así, se recuperó la pequeña iglesia de San Jacinto de El Morro al sur de la Costa, la recoleta franciscana de San Diego en Quito, se estableció un programa permanente de excavación arqueológi-

ca para descubrir los asentamientos cañari-inca en Cuenca, o se desmontaron extraordinarias casas republicanas guayaquileñas para ser debidamente consolidadas y trasladadas a un lugar más seguro, en donde se pudiesen exhibir y vivir la experiencia de un peculiar patrimonio arquitectónico de madera de la época cacaotera (actualmente en el Parque Histórico).

En estos casos, seleccionados al azar, y en muchos otros, los proyectos de prospección y conservación/restauración demandaron no solo el conformar equipos de investigadores que realizasen las labores de recuperación histórica de respaldo, contando con riquísimas e inexploradas fuentes primarias, sino que dicha información fue socializada constantemente entre los otros miembros del equipo y las comunidades. Al término de los proyectos, casi todos contaron con cartillas o publicaciones de mayor envergadura, en donde se exponía la historia del monumento, las historias sociales que rodeaban a sus habitantes y el recuento de las intervenciones realizadas en los bienes muebles e inmuebles.²

El financiamiento provino en buena parte de las asignaciones que el Banco Central hacía a través de sus dependencias culturales, en particular el Museo, y la tarea de construir la historia del patrimonio y difundirla recayó en sus manos. Sin embargo, este propósito aún frágil duró una década. A mediados de los años 80 los mandatarios de entonces determinaron que el Instituto emisor no debía estar involucrado en tareas culturales —a pesar de que esta entidad conserva aún los fondos más cuantiosos y valiosos del país a nivel artístico, etnográfico, arqueológico, etc.— sino que su tarea era eminentemente monetaria y financiera.

Con esta decisión empezó el desmantelamiento departamental y humano del área cultural del Banco. Lentamente se fue quedando sin personal profesional, salvo en casos aislados; sus cercenados ingresos debían ser destinados exclusivamente a aquello relacionado con sus propios fondos patrimoniales. El resto, declararon sus directivos, era competencia del INPC, una entidad que había nacido maltrecha, sin respaldo financiero, sin el sello que le permitiese regir los destinos de la política cultural del país, siendo siempre un ente parasitario del Banco Central y, posteriormente, de los gobiernos seccionales que, bien o mal, tomaron el destino de sus ciudades y su patrimonio bajo su protección. El INPC tenía autoridad a medias, muchos de sus funcionarios, siempre mal remunerados, eran profesionales poco rigurosos, los mejores abandonaron prontamente sus puestos en pos de conseguir

2. A modo de ejemplo, ver Alexandra Kennedy T. y Alfonso Ortiz C., *Convento de San Diego de Quito. Historia y restauración*, Quito, Banco Central del Ecuador (BCE), 1982; la cartilla escrita por Pablo Lee, *Historia de la iglesia de San Jacinto del Morro*, Guayaquil, BCE, 1985, y el informe arqueológico final, publicado años más tarde, de Jaime Idrovo Uriguen, *Tomebamba, arqueología e historia de una ciudad imperial*, Cuenca, BCE, 2000.

trabajos más estimulantes, unos pocos se enquistaron en sus cargos. No es de extrañar que su sede nacional, la ejemplar casa neoclásica denominada La Circasiana (antigua mansión de la familia Jijón, actualmente de propiedad del Municipio), diseñada por el famoso arquitecto Francisco Schmidt en 1904, esté en lamentable estado y que ni los propios funcionarios conozcan la historia de la misma.³

Una ironía adicional más gruesa se evidencia al leer su propio reglamento, según el cual al INPC se le adjudican las tareas de “investigar, conservar, preservar, exhibir y promover el patrimonio cultural del Ecuador”. La ley de patrimonio del Ecuador es muy rigurosa, sin embargo la entidad que debe velar por su cumplimiento, como vemos, es débil, su capacidad política y ejecutiva están prácticamente ausentes.

En realidad, la investigación histórica y su difusión, razón de este ensayo, fue, como dijimos antes, en buena parte asumida en este primer momento por el Banco Central del Ecuador.

LA “MUNICIPALIZACIÓN” DE LA CULTURA. VISIONES Y PROGRAMAS FRAGMENTADOS Y REGIONALES SOBRE EL PATRIMONIO (1987 HASTA EL PRESENTE)

La citada época de esplendor parece llegar a su fin, al menos este primer momento de recuperación de hitos emblemáticos nacionales que suponían los directivos de las entidades culturales rectoras, eran los más representativos en algunas ciudades, pueblos o en el campo. La situación cambió notablemente a raíz del sismo de marzo de 1987 que afectó a Quito y puso al descubierto los daños acumulados durante siglos, no reparados técnicamente, sobre todo en los templos coloniales. En San Francisco, La Merced, la Catedral Metropolitana y en iglesias menores como Santa Bárbara, las fisuras ocasionadas por el sismo comprometieron gravemente sus bóvedas y cúpulas.

Este desastre natural provocó en aquel año la creación del Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural de Quito (FONSAL), un fondo-entidad creado y presidido por el Alcalde de Quito y cuyo financiamiento provenía prioritariamente del 6% del impuesto a la renta recaudado por el Estado y transferido al FONSAL.⁴ El destino de los fondos era y es muy amplio; se los usa

3. Para un análisis reciente sobre la entidad en crisis, ver el suplemento cultural Blanco y Negro, “Ochenta y cuatro empleados deciden sobre el patrimonio cultural”, en *Hoy*, Quito, 4 de junio del 2005.

4. Para un resumen sobre este proceso consúltese el prefacio de la obra: Alexandra Kennedy T., edit., *Arte de la Real Audiencia de Quito, siglos XVII al XIX. Patronos, corporaciones y*

para la realización de investigación sobre el patrimonio o el mejoramiento del alumbrado público.

En vista de ello y de manera legal, el INPC entregó al Municipio la administración de la salvaguarda del centro histórico de la ciudad. Y si bien al inicio el Fondo destinó sus esfuerzos a proyectos emblemáticos, tal y como se había actuado en la década anterior, restauración de los templos afectados o la Plaza Grande (1990), se empezó a pensar en la ciudad en su conjunto, en el ciudadano y su bienestar, y por ende la necesidad de intervenir en la infraestructura que afectaba al habitante y transeúnte, usuario de aquellos espacios públicos. El radio de acción se amplió a barrios pobres periféricos. En consecuencia, el Fondo intervino en el transporte público, mobiliario urbano, señalización, semipeatonización del centro histórico, reubicación de vendedores ambulantes. También se ocupó de las parroquias vecinas, al considerar la calidad de su patrimonio y su directa incidencia en los pobladores quiteños, muchos de los cuales vivían en estas y trabajaban en Quito.

Se trataba, qué duda cabe, de una nueva fase en la conservación del patrimonio, un nuevo escenario en donde se intentaba ligar al bien patrimonial con el bienestar del ciudadano-usuario. En medio de estos nuevos propósitos, el tema histórico y sus estudios continuaron dándose, y se difundieron en estos años mejor y más sistemáticamente.⁵ Además, alimentaron de modo más efectivo los guiones museológico y museográfico de obras que se abrieron a la visita, plegables turísticos, entrenamiento de guías, etc. Dos ejemplos de ello son el Museo de la Ciudad, localizado en el antiguo Hospital San Juan de Dios y el Centro Cultural Metropolitano situado en la Antigua Universidad de los jesuitas y Cuartel Real de Lima. Ambas entidades, sobre todo la primera, están dedicadas a desentrañar el alma histórica y social de la ciudad. También las universidades colaboraron desde sus programas de postgrado –la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y la Universidad Andina Simón Bolívar principalmente– en donde se entrenaban y discutían aspectos históricos, culturales o antropológicos que daban una visión más incluyente a la problemática urbana e integraban en ella la noción de patrimonio vivido. Las historias dejaban de ser contadas por hábiles “cronistas” que favorecían los ensayos genealógicos y de “grandes próceres”.

comunidades, Hondarribia, Editorial Nerea, 2002, y la introducción de la obra de Alfonso Ortiz Bilbao y Alfonso Ortiz Crespo, *Quito, piedra y oro*, Quito, BCE, 2004.

5. Destaco la compilación realizada de diversos artículos sobre la historia de Quito de Luciano Andrade Marín, en *La lagartija que abrió la calle Mejía*, Quito, FONSA, 2003 y los libros de recuperación de imágenes: *Un siglo de imágenes*, Quito, FONSA/Academia Nacional de Historia, 2004 y Ximena Escudero Albornoz, *Púlpitos quiteños, la magnificencia de un arte anónimo*, Quito, FONSA, 2004.

Sin duda la “municipalización de la cultura” tomó giros diversos. En Guayaquil, por ejemplo, a mediados de los años noventa, se incursionó más bien en lo que se denominó el “Proyecto de *Renovación Urbana*”, en el que el tema patrimonial no fue precisamente relevante porque había que enfrentar prioritariamente otros aspectos que se definieron como emergentes: el mejoramiento de la imagen de una ciudad por largas décadas descuidada, insalubre y desordenada. Entonces se reforzaron, remozaron o reinventaron los hitos urbanos que la identificaban tales como el Malecón y el río Guayas o el Barrio de las Peñas. A estas actividades se sumaron muy oportunamente las del Banco Central del Ecuador que a través de su Museo intervino directamente sobre ciertos hitos patrimoniales que estaban bajo su jurisdicción por pertenecerle a la entidad, como la ejecución del Parque Histórico en predios que eran de su propiedad, rearmando las casas de madera anteriormente desarmadas y creando una combinación entre un museo de sitio, un zoológico-jardín botánico y un parque de diversiones.

Dos hechos fueron muy importantes en la recuperación histórica y la difusión de la historia de la urbe: la primera especialmente ligada a la creación del Museo Municipal de Guayaquil y la segunda, la reapertura del Museo de Antropología y Arte Contemporáneo (MAAC), bajo el patrocinio del Banco Central del Ecuador. Este último pretendió hábilmente exhibir una visión más incluyente del fenómeno del arte contemporáneo del país, a través de su muestra inicial de gran aliento denominada “Umbrales”. Era la primera vez que desde ciudad alguna se intentaba una lectura nacional del arte, se dejaban las visiones-parcela (regionalistas y aldeanas) que han sido una constante en la historia ecuatoriana, y se daban nuevas alternativas en la apreciación de fenómenos ligados a movimientos europeos y americanos más amplios.⁶

Un fenómeno adicional que se evidenció durante esta nueva etapa y particularmente en Quito, fue la del inicio de proyectos bilaterales de conservación y restauración de monumentos puntuales, como el caso de la Cooperación Española que arrancó sus labores por 1988 e intervino en el conjunto monumental de San Francisco, el monasterio de Santa Clara y el santuario de Guápulo, todos regentados por la comunidad franciscana.⁷ Otros

6. El Museo Municipal de Guayaquil publica un boletín (9 hasta la fecha) en donde se documentan y relatan las historias de la ciudad en relación con las 8 salas en las que se ha dividido el mismo. Para el Museo de Antropología y Arte Contemporáneo (MAAC), ver Lupe Álvarez, Ángel Emilio Hidalgo y María Elena Bedoya, *Umbrales del arte en el Ecuador. Una mirada a los procesos de nuestra modernidad estética*, Guayaquil, MAAC, 2004.

7. Lamentablemente, poco o nada se publicó sobre esta intervención. Para un resumen ver Ramón Gutiérrez, coord., *Quito: el gran convento de San Francisco. Ecuador*, Madrid, Programa de Patrimonio Cultural de la Cooperación Española, AECL/Fundación Carolina, 2003.

como la cooperación belga (ECUABEL), además de intervenir en el convento mayor dominicano, trabajó sobre el barrio circundante de la Loma Grande e hizo exploraciones arqueológicas en la hoya del Guayllabamba.⁸ También la Junta de Andalucía (Sevilla) tomó a su cargo el copatrocinio de renovar la vivienda popular en el centro histórico y no descuidó el renglón histórico al haber realizado la guía arquitectónica de la ciudad.⁹ En ocasiones excepcionales se dio alguno que otro esfuerzo privado local como el del Centro de Estudios Felipe Guamán Poma.¹⁰

Los centros históricos revitalizados y funcionales podían reactivar las tareas administrativas, comerciales y turísticas. Entonces, por el año de 1995, el BID aprobó un crédito reembolsable de 50 millones de dólares a favor del Municipio. El proyecto que arrancó al año siguiente debía integrar capitales mixtos. Se creó la Empresa del Centro Histórico con la intención de que se realizasen inversiones rentables. Algunas como los estacionamientos públicos (Cadisán, San Blas, Montúfar) o los centros comerciales como La Manzana, efectivamente lo fueron. La rehabilitación residencial en lugares como la calle Caldas o el barrio de San Blas también reactivaron, en buena medida, la vida y el bienestar de la población de bajos y medios recursos. La articulación orgánica y sostenida de estas inversiones y reinversiones, al haber retornado la administración de inversiones empresariales al Municipio, al parecer, resulta aún poco eficiente.

El proceso de “municipalización de la cultura” seguía su curso sin una política cultural nacional que la amparase, salvo ciertos “altos” que hacía de época en época el Ministerio de Educación a través de la Subsecretaría de Cultura de turno reformulando, una vez más, los puntos sobresalientes de una política que nunca se concretaba, aunque era discutida en foros diversos por diferentes intelectuales del país.¹¹ Esta falta de visión cultural nacio-

8. Esta fue la Cooperación que se destacó por difundir sistemáticamente sus actuaciones de diversas maneras a través de charlas, foros, encuentros y, sobre todo, con su serie *Estudios y metodologías de preservación del patrimonio cultural. Centro histórico. Inventario. Arqueología. Investigación histórica. Arquitectura. Bienes muebles. Museo*, 7 vols., Quito, Ecuabel, 1994.

9. Alfonso Ortiz Crespo, *Guía de arquitectura de la ciudad de Quito/An Architectural Guide, Quito*, Sevilla, Municipio del Distrito Metropolitano de Quito/Junta de Andalucía/Embajada de España-AECl, 2004.

10. Ver la publicación de este centro titulada *Quito según los extranjeros*, Quito, 1996.

11. El último intento se realizó bajo el ministerio del Dr. Juan Cordero I. Entonces se publicó, Ministerio de Educación, Cultura, Deporte y Recreación, Subsecretaría de Cultura, Consejo Nacional de la Cultura, *Políticas culturales del Estado. 2002-2012. Construir la nación desde la diversidad cultural*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana (CCE), 2002. En el acápite III, “Políticas y programas de conservación del patrimonio cultural” no se menciona el tema de la recuperación, puesta al día y difusión de la memoria histórica más allá de las amplias declaraciones de principios, sin un programa ni unas fuentes financieras que lo respaldara (pp. 46-48). Se hicieron varios encuentros alrededor de este documento, pero el gobierno no llegó a estable-

nal provocó que cada municipio actuase según su parecer, abundando muchas veces en actos sin calidad ni visión alguna. Muchos municipios nunca estuvieron preparados para el manejo de su propio patrimonio y tampoco recibieron las directrices básicas que les permitiesen operar correctamente. Desafortunadamente, en muchos casos, la cultura ha servido para fortalecer los cacicazgos locales.

Por otra parte, centros históricos de ciudades declarados como patrimonio nacional, Ibarra, Cuenca o Riobamba, en las cuales también se había creado la figura del Fondo de Salvamento, lograron tardíamente la autonomía financiera, ya que la transferencia de fondos desde el gobierno central se volvió inicialmente una encrucijada. Cuenca en la actualidad recibe dos millones de dólares al año; sin embargo, al no contar con una dirección o departamento de centro histórico, ni un plan maestro de la ciudad que permitan planificar estratégicamente el gasto de estos fondos, los mismos se han ido repartiendo casi siempre clientelaramente y sin impacto alguno para el conjunto de la ciudad, aunque en un par de casos se haya podido levantar importante información histórica amparada, más bien, bajo la seriedad de los arquitectos a cargo de tal o cual proyecto de restauración puntual.¹²

Entonces, el paso de la “nacionalización de la cultura”, cuya cabeza natural había sido el Banco Central, al de la “municipalización de la cultura”, a fines de los ochenta y que continúa hasta el día de hoy, ha tenido efectos disímiles en las distintas ciudades del país, de acuerdo a su capacidad de gestión política y financiera y los cuadros de profesionales a los cuales han tenido acceso. Guayaquil y Quito pudieron subsistir y potenciarse en algunos casos con gran éxito, Cuenca, con una modesta capacidad de autogestión y un fondo módico, logró ciertos avances en el mejoramiento de la ciudad y sus servicios públicos, tales como el alumbrado sin cables vistos en el centro de la ciudad, la creación de lagunas de oxigenación a donde llegaban por vía separada las aguas residuales anteriormente vertidas a los ríos, el ensanchamiento de veredas, renovación de la plaza principal; entre otras.

De todas formas, en el resto del país –incluida Cuenca– se dio una rémora en las actividades conservacionistas afectándose de manera directa el

cer las pautas para la implementación por parte del Estado de unos lineamientos mínimos para el ejercicio activo de la política cultural. Este documento, como otros similares, duerme el sueño de los justos.

12. Tal el caso de Monserrath Tello y María Tommerbakk, dos monografías de respaldo para la restauración de dos casas municipales, Quinta Bolívar (proyecto de la arquitecta Lourdes Abad) y la Casa de las Posadas (proyecto a cargo de los arquitectos Max Cabrera y Gustavo Lloret), realizadas en el 2003 y que reposan inéditas junto a los proyectos de restauración de ambos inmuebles. Abierta la Quinta Bolívar como un centro de estudios bolivarianos, tampoco en esta ocasión se usó la información recogida para difundir su historia.

levantamiento sistemático y sostenido de la historia de su patrimonio, así como la difusión y apropiación de la misma. Era la fórmula idónea para que los habitantes más jóvenes a través de sus programas educativos se apropiaran de sus lugares de vida, identificándose con las urbes en las que habitaban. Mas la crisis bancaria evidenciada en 1999 y el paulatino empobrecimiento de los ecuatorianos afectó la economía de las clases más desprovidas, de tal manera que se calcula que un 10% de la población del país ha migrado al extranjero en la última década. Grandes masas campesinas y jóvenes urbanos en busca de mejores remuneraciones, perdían sus referentes familiares y llevaban en su maleta solo una fragmentaria o casi desconocida historia de sus propias patrias chicas. El caso de Cuenca en este contexto es sintomático, debido a que es la capital de una de las dos provincias de donde mayor cantidad de gente ha emigrado, Azuay. Creemos que a través de este caso se puede diagnosticar no solo sobre los débiles procesos de apropiación simbólica del patrimonio, sino el de exhortar a tomar cartas en el asunto al sugerir que las entidades pertinentes recojan, en sus agendas políticas, este tema como prioritario. La meta final debe ser el fortalecimiento de las identidades locales como una forma para combatir la pérdida de la memoria histórica, de por sí grave, y la apropiación de sus historias pasadas y presentes como una forma de enfrentar la planificación inteligente y responsable del desarrollo y bienestar de su propio entorno.

EL CASO DE CUENCA, NOTAS PRELIMINARES

Los procesos de valoración del patrimonio en Cuenca son peculiares y han tenido y tienen aún como *motto* la intervención de grupos de ciudadanos independientes que de manera individual o colectiva fueron organizando grupos de presión, para que se reconociera en primera instancia la importancia del patrimonio intangible y posteriormente se diese valor a la ciudad en particular y a la región austral del Ecuador en sentido más amplio. No fueron movimientos surgidos del seno de la institucionalidad como los casos de Quito o Guayaquil.

Así, en los años sesenta surgió un grupo de personas interesadas en la actividad cultural y el rescate de las tradiciones locales, el folklore, hizo un primer levantamiento, al inicio de forma gratuita y personal, de las manifestaciones de cultura material popular, así como otros aspectos de carácter antropológico. Estas experiencias dieron lugar a la creación –entre 1966 y 1967– del Instituto Azuayo del Folklore: siguió el plan de protección de bienes culturales generado por una división de la Casa de la Cultura Ecuatoriana (1969-1970), en un intento por efectivizar la ley de 1945. Por estos años

también entró en vigencia el plan de revalorización arquitectónica gestado por el Municipio de Cuenca; se ampliaron los descubrimientos cañari-inca en el barrio de Todos Santos, aledaño al sector de Pumapungo, antiguo barrio administrativo y religioso de Tomebamba. Se realizó la primera restauración considerada como científica en términos modernos, en la Casa de los Tratados de Girón, a cargo de Patricio Muñoz, arquitecto restaurador que había integrado dinámicamente los grupos señalados líneas atrás. Entonces, estos primeros “agentes de conservación” se reunieron y formaron el movimiento ciudadano Acción Cívica (1979-1980) que daría pie a la creación del brazo austral del INPC entre 1981 y 1982, ambas asociaciones lideradas inicialmente por el diseñador y muralista Eduardo Vega.¹³

Se preparaba un terreno que dio frutos al inicio de la década del ochenta en la concreción de ordenanzas, leyes y normas municipales y la creación de la Comisión del Centro Histórico en la Municipalidad de Cuenca. Así fue como esta institución, junto al INPC y el Banco Central, participaron de los últimos años de lo que denominamos la década dorada, realizando una serie de estudios y trabajos de restauración, como la del Museo de Arte Moderno, antigua Casa de la Temperancia, o parte del Monasterio de la Concepción que se convirtió en el primer museo de monjas del país, el Hospital San Vicente de Paúl con la intención de transformarlo en el Museo de la Medicina, la casa de la familia Córdova (actual Intendencia de Bancos del Azuay).¹⁴

Como vimos, se trataba básicamente de un momento destacado en la conservación y restauración de bienes patrimoniales individuales. La costumbre de levantar la historia de estas propiedades se cumplió debidamente, aunque sin contar en muchos casos con especialistas que las realizasen, ni un programa de transferencia de conocimientos y procesos de intervención realizados más allá de acciones puntuales más o menos efectivas.

13. Ver Alexandra Kennedy T., “La década de los ochenta en Cuenca: institucionalización de los espacios culturales”, en Andrés Abad, edit., *De la inocencia a la libertad. Arte cuencano del siglo XX*, Cuenca, BCE, 1998, pp. 145-169.

14. Las historias de la Casa de los Córdova y la de Remigio Crespo Toral, actual Museo Municipal, fueron realizadas por Alexandra Kennedy, contratada como historiadora por el arquitecto responsable de ambos proyectos de restauración, Simón Estrella. A pesar de que –caso excepcional– los resultados históricos fueran publicados en su debido momento y aunque ambas pertenecen a entidades públicas, sus directivos no han expresado su deseo de realizar un guión museográfico básico que permita al usuario recorrer sus oficinas y conocerlas históricamente hablando. Por lo tanto siguen siendo un par de casonas más en silencio. Ver Alexandra Kennedy T., “Arquitectura residencial: continuismo y discontinuismo colonial en el siglo XIX. El caso de Cuenca”, en *Trama 45*, diciembre de 1987, pp. 37-44, y de la misma autora, “Continuismo y discontinuismo colonial en el siglo XIX y principios del siglo XX”, en *Trama 48*, noviembre de 1988, pp. 40-46.

Lo que sí es cierto es que durante estos años Cuenca entró en una fase de valorización de su patrimonio que desembocó, en diciembre de 1999, con la declaratoria por parte de la UNESCO del centro histórico de la ciudad como Patrimonio Cultural de la Humanidad. Nuevamente, cabe señalar que la población siguió con sumo entusiasmo el proceso hasta el día en el que se efectivizó la declaratoria y los festejos en el Parque Calderón fueron de tal magnitud que sorprendieron a propios y ajenos. El cielo se cubrió de globos y vítores. Desde entonces, el transeúnte común menciona con orgullo que “Cuenca ya no solo pertenece a los cuencanos sino al mundo y por ello debemos cuidarla (...)”. Seguramente, estos acontecimientos lograron el interés de agencias internacionales que suelen trabajar prioritariamente en las ciudades políticamente visibles y se dio inicio al primer proyecto bilateral con la cooperación española que en aquel mismo año firmó un convenio con la Municipalidad y la Curia para intervenir globalmente en la Catedral Vieja de la ciudad.

Sin embargo, cabe señalar que durante los años de gestión del alcalde que había impulsado este reconocimiento mundial –el planificador urbano, arquitecto Fernando Cordero (1996-2004)–, el tema de la recuperación histórica y su difusión parece no haber concitado mayor interés. Más bien se privilegiaron la remodelación –no la restauración en sentido estricto– de unos pocos escenarios arquitectónicos y espacios abiertos, con el fin de dotar a la ciudad de lugares en donde se pudieran desarrollar *convenciones y eventos de una actividad cultural permanente*.¹⁵ Salvo en el caso de la Catedral Vieja de Cuenca, lugares como el Teatro Sucre, un estupendo ejemplo de arquitectura art deco, el Salón de la Ciudad (años 1950) y las plazas de la Cultura, San Sebastián y San Blas (emblemáticos espacios prehispánicos y coloniales), fueron más bien intervenidos con el criterio de embellecimiento y mejoramiento de su infraestructura.

A pesar de que en el informe final de actividades realizadas durante esta alcaldía se habla de “gestión integral del patrimonio arquitectónico”, la preocupación mayor parece haberse centrado en la actualización del inventario de las 2.044 edificaciones consideradas como patrimoniales, y dentro de ello el elevamiento de 36 de las 38 reconocidas como monumentales, al parecer un trabajo aún no concluido por falta de fondos.¹⁶ Aunque en el

15. Para un resumen sobre la gestión municipal de estos años ver Municipalidad de Cuenca, *Gobierno local 1996-2004*. Arq. Fernando Cordero Cueva, *alcalde de Cuenca*, Cuenca, Monsalve Moreno, 2004, p. 90.

16. Se trató de un trabajo a cargo del Departamento de Avalúos y Catastros y de la Comisión del Centro Histórico que se completó en un 40% aproximadamente y se dejó inconcluso por falta de fondos. Desde la nueva administración que se inició en el mismo año del 2004 no se ha dado continuidad al trabajo.

mismo documento no se menciona lo más directamente relacionado con la difusión del patrimonio, al parecer sería la realización de la *Guía de arquitectura de Cuenca*, a cargo de la arquitecta María Isabel Calle que el Municipio contrató y cuya publicación será realizada por la Junta de Andalucía en Sevilla.¹⁷

En el documento-informe del alcalde se insiste en que el centro histórico

(...) está constituido no solamente por su estructura física (...) y su entorno natural, sino por la población (...) y que su naturaleza es un fenómeno dinámico, históricamente determinado y aun cambiante (...) y se añade, que nuestro patrimonio existe solo si la comunidad cuencana y sus instituciones responsables son capaces de evaluar y elegir los signos tangibles o intangibles del pasado que desean recordar, proteger y dejar como legado.¹⁸

Es evidente que resulta imposible *evaluar, elegir o desear recordar* si la aún débil recuperación de la memoria histórica no ha sido ni ampliada, ni actualizada localmente, ni se ha ido incorporando sistemáticamente una riquísima y aún dispersa información publicada mayoritariamente fuera de los límites regionales y, por ende, aún desconocida para las mismas comunidades intelectuales del lugar. Lo más grave parece ser que ni siquiera se ha asimilado como parte de una recuperación histórica, la difusión y consolidación de las identidades locales, el uso-aplicación ordenado de los textos clásicos de historia cuencana¹⁹ o de colaboraciones posteriores, tesis de historia y arquitectura promovidas en buena parte por la Universidad de Cuenca a través de las facultades de arquitectura y filosofía y letras, o publicaciones de tesis doctorales extranjeras, incluso publicadas en castellano y asequibles en el propio país.²⁰

17. Según información de la arquitecta María Isabel Calle, el inventario original cuenta con 280 fichas de arquitectura y urbanismo. Para la publicación, la Junta de Andalucía solicitó un recorte a 162 fichas con 5 itinerarios. Cada ficha consta de planos, textos e imágenes, fotografías que estuvieron a cargo de Gustavo Corral. Los textos se hallan al momento en pre prensa y según personeros de la Junta la publicación podría estar lista para diciembre del 2005.

18. *Ídem*, pp. 104 y 107.

19. Víctor Manuel Alborno, *Monografía histórica de Cuenca*, Cuenca, Ed. Austral, s.f.; Octavio Cordero Palacios, *Crónicas documentadas para la historia de Cuenca*, Cuenca, Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay, 1920; Ricardo Márquez Tapia, *Cuenca, ciudad colonial*, Cuenca, 1965; y Carlos Terán Centeno, *Índice histórico de la diócesis de Cuenca 1919-1944*, Cuenca, Ed. J. M. Astudillo Regalado, 1947 por citar unos pocos.

20. Cito unos pocos ejemplos en donde el tema histórico arquitectónico-urbano es relevante: Julio Carpio, *La evolución urbana de Cuenca en el siglo XIX*, Cuenca, IDIS, 1983; Juan Chacón Z., *Historia del corregimiento de Cuenca (1557-1777)*, Quito, BCE, 1990; *Historia de la gobernación de Cuenca*, Cuenca, Universidad de Cuenca, 1994, del mismo autor; Ross Jamie-

Esta incapacidad de reconocer e incorporar una historia del patrimonio ya realizada e ir asimilando nuevos conocimientos históricos conforme se los va descubriendo, se hace patente en la misma *Propuesta de inscripción del centro histórico de Cuenca Ecuador en la lista de patrimonio mundial* preparada en 1998.²¹ En este documento se habla de Cuenca como

(...) ciudad de carácter clásico (?) y de marcadas raíces coloniales que se materializa sin desprenderse de un fuerte espíritu andino,²² donde no se ha sufrido traumas en su tejido urbano colonial original y conserva dentro del área del centro histórico, un parque arqueológico en donde se conservan los vestigios de la organización espacial prehispánica (...) ²³ creada para vidas, pensamientos, usos y significados sencillos (...) ²⁴

Por estas “sencillos”, generales y a veces poco precisas líneas, se mueve el texto preparado sin la debida antelación, ni el equipo multidisciplinario requerido. Resulta en ocasiones repetitivo y abunda en temas cliché usados desde hace años para la promoción turística: “Cuenca, reducto colonial sencillo, de ruinas incas y gente amable que aún mantiene su rica tradición artesanal”.

Si bien es cierto que en los últimos 20 años se ha intervenido puntualmente en unos pocos monumentos civiles y religiosos, privados y públicos, se lo ha hecho de modo errático, sin un plan maestro —como dijimos inexistente aún— ni directrices técnicas que rijan integralmente el proceso y por lo tanto de forma desigual, técnica y simbólicamente hablando.²⁵ En este débil

son W., *De Tomebamba a Cuenca*, Quito y Cuenca, Abya-Yala, Universidad de Cuenca, BCE, 2004; Alexandra Kennedy T. y Marcia Sigüenza, *Monasterio de las conceptas de Cuenca, catálogo del archivo histórico*, Cuenca, Fundación Paul Rivet, 1990; Wilson Pacurucu, “Estudio de los patios del centro histórico de Cuenca”, tesis de licenciatura, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Cuenca, Cuenca, 1995 (inédito). Merece un comentario la serie de tesis promovida entre 1999 y el 2004, por la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la universidad, en mención dirigida y promovida por el arquitecto Carlos Jaramillo, denominada La Serie de Cuenca y a través de la cual se han realizado hasta el momento 13 tesis de licenciatura, una de ellas publicada, *La cité cuencana*. Si bien aún requiere ajustar la metodología usada, el abordaje de los temas con un conocimiento más profundo de la historia y la edición de textos, entre otros, esta serie sigue siendo única en el medio y convendría continuarla y fortalecerla.

21. Documento preparado por la Municipalidad de Cuenca y que permanece inédito.

22. *Ídem*, p. 14.

23. *Ídem*, p. 13.

24. *Ídem*, p. 25.

25. Con el fin de ajustarse a los requerimientos de la UNESCO, la alcaldía de entonces mandó elaborar un “Plan de conservación y gestión de las áreas históricas de Cuenca”. Guido Díaz Navarete y Dora Arízaga, *Plan de conservación. Reconocimiento general, objetivos, programas y proyectos*, Cuenca, I. Municipio de Cuenca, junio, 1999 (inédito). Tal parece que se convirtió en una formalidad más.

escenario, en donde apenas se cuenta con una Comisión de Centro Histórico como único ente rector de las operaciones municipales, la recuperación histórica de la ciudad y su difusión prácticamente no han merecido atención alguna. Por ello, y más bien a modo de requisitos instituidos en todos y cada uno de los proyectos de restauración efectuados por diversos organismos públicos, el tema histórico ha sido uno que se ha cumplido de forma desigual, unas veces encargando dicha tarea a los mismos arquitectos, en otras a historiadores que no conocen sobre la historia del arte y la arquitectura. Entonces, buena parte de estos ensayos se reducen, más bien, a la historia de propietarios, incorporan uno que otro dato sobre sus usos y restauraciones anteriores. Además, debido a los cortos plazos propuestos y al exiguo monto destinado a estos ensayos históricos, usualmente el levantamiento ha quedado trunco, no ha podido continuarse y su destino ha sido el de engrosar los informes escritos, entregados al término de obra por el o los arquitectos responsables de la restauración. Tal el caso de tantos bienes ya intervenidos en la ciudad y los pocos barrios reactivados casi naturalmente: Casa de la Temperancia (actual Museo de Arte Moderno) y el barrio de San Sebastián, Iglesia del Hospital San Vicente de Paúl, la Catedral Vieja, la Quinta Bolívar,²⁶ por mencionar algunos. En otros casos, la remodelación de bienes públicos contratada por el mismo Municipio de Cuenca, como el citado Teatro Sucre, entregado a la ciudadanía en el 2004, no sirvió como pretexto para levantar la rica historia de este lugar de diversiones.

Quizá debamos más bien recoger ejemplos de historia difundida y conocida pero durante las primeras épocas. Un caso especial fue la restauración parcial del Convento de las Carmelitas de la Asunción, que con la intervención del Banco Central del Ecuador, logró también compilar una publicación importante. También el Centro Interamericano de Artes Populares, con sede en Cuenca (CIDAP), intervino en el apoyo a otro trabajo que sobre pintura mural de este singular convento, realizó el historiador Juan Martínez.²⁷ Más adelante, se publicó también la historia de la Casa Quinta de Chaguarchimbana, casa municipal, enclavada en el Barrio de las Herrerías y en manos de la Fundación Paul Rivet que logró asignaciones importantes pa-

26. Es interesante resaltar que si bien todos estos bienes cuentan con sus informes históricos inéditos en todos los casos, poco o nada han servido para enriquecer los guiones museológicos y museográficos, realizados salvo en el caso de la Catedral Vieja, cuyo ensayo histórico fue realizado por Juan Chacón Z. Aunque en los guiones se pretendió realizar un recorrido histórico, los responsables no pudieron llevar a cabo la tarea de hacerlo de manera rigurosa y convocante. Las cédulas reproducen datos puntuales y sin un hilo conductor coherente. En los otros lugares citados ni siquiera se ha hecho el intento por contar algo sobre el monumento

27. Juan Martínez B., *La pintura popular del Carmen. Identidad y cultura en el siglo XVIII*, Cuenca, CIDAP, 1983; VV.AA., *El monasterio del Carmen de la Asunción*, Cuenca, BCE, 1986.

ra su restauración desde el mismo Congreso Nacional, la Presidencia de la República, el Getty Grant Program (Fundación Paul Getty), la Corporación Andina de Fomento, entre otros; fue una iniciativa privada.²⁸ Esta Fundación, durante la década entre 1987 y 1997, realizó una serie de actividades para levantar la historia de barrios y artesanos de Cuenca y alrededores, complementando dicha labor con exhibiciones y programas educativos sugerentes. La falta de fuentes financieras estables obligó a que se terminase con el brazo cultural de dicha fundación.²⁹

Al empezar con esta rica tarea de recuperación y comunicación histórica se debe considerar el levantamiento, ya realizado hasta la fecha, de este modesto corpus histórico inicial. Como vimos, la gran mayoría de trabajos han quedado archivados como simples requisitos formales, pocos han sido publicados y lo que es más grave, estas historias no se integran en el recorrido de los mismos monumentos a pesar de haberse convertido en oficinas públicas, museos o entidades culturales que funcionan como tales en la actualidad. El caso más emblemático es el del Museo de Arte Moderno en el que no se conoce su historia, ni en formato *in situ*, ni por medios audiovisuales, ni a través de publicación alguna, salvo material de promoción turística.

En este punto cabe recalcar que la noción de patrimonio debe estar indisolublemente ligada a la noción de ciudadanía y que existen medios tan idóneos y efectivos como la creación de programas radiales, como los que ensayó entre 1999 y el 2003 la emisora local Ondas Azuayas, bajo la conducción del arquitecto restaurador Fausto Cardoso.³⁰

Entonces, con el objeto de realizar un diagnóstico más preciso de la situación y de sugerir prioridades en el acto de contar o comunicar, veinte y cinco estudiantes de la flamante maestría en Estudios para la Conservación de Monumentos y Sitios (Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad

28. Pablo Estrella, *Cuenca en el siglo XIX. La casa-quinta de Chaguarchimbana*, Arquitectura y Urbanismo 1, Cuenca, Fundación Paul Rivet, Abya-Yala, 1992.

29. Alexandra Kennedy T., *Pompilio y su pueblo. Exposición de cerámica de Chordeleg*, Cuenca, Fundación Paul Rivet, 1988; Iván González, *Cuenca: barrios de tierra y fuego. Desintegración de los barrios artesanales*, Cuenca, Fundación Paul Rivet, 1990, y VV.AA., *Cerámica colonial y vida cotidiana*, Cuenca, Fundación Paul Rivet, 1990.

30. En el programa aún vigente *Voces de la ciudad*, se han realizado algunos debates importantes sobre el tema del patrimonio; asimismo, tras la declaratoria de Cuenca como Patrimonio de la Humanidad se hizo un programa, en 1999, denominado *Cuánto sabes de Cuenca*, dedicado a la población en general. Un programa coloquial, simpático y divertido fue el de los personajes *Don Guillermo y Don Remigio*, realizado entre el 2001 y 2002, en el que ambos dialogaban sobre asuntos de la ciudad. De corte más serio, cuyo abordaje era el tema de los valores fue *Vamos a cambiar. Tolerancia y respeto*, 170 sketches cortos, elaborados con voces de niños que tocaban asuntos sencillos, como el tema de la basura, o más serios como el de la violencia doméstica.

de Cuenca), en el curso que dictara denominado “Técnicas de Investigación Histórica”, escogieron varios bienes inmuebles públicos con el fin de valorar el qué y cómo se contaba su historia, quién la consumía y eventualmente si la misma lograba el cometido de crear, en el usuario, una noción inicial del espacio físico y social del mismo. Además, se tomó en cuenta si el discurso era divertido, atractivo y dejaba de reproducir los mismos patrones de poder de una sociedad en esencia desigual.³¹

Los resultados fueron desalentadores, salvo en tres monumentos: los restos arqueológicos cañari-inca de Pumpapungo (Banco Central del Ecuador), y Todos Santos (Municipalidad de Cuenca), abiertos al público desde 1981; el convento de las concepcionistas a través de su Museo abierto en 1986 (Fundación del Museo de las Conceptas); y la Catedral Vieja construida y remodelada desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta la primera del siglo XX, recientemente reabierta tras una larga y compleja restauración, como espacio de conciertos (Curia/Municipalidad de Cuenca y Agencia Española de Cooperación Internacional), en ningún lugar se hace referencia ni se intenta siquiera contar la historia del monumento y peor aún hacer mención a la rica historia de la ciudad de Cuenca y su región cruzada— como dijimos— por un legado prehispánico con la llegada de cazadores recolectores hace aproximadamente 10.000 años y que se prolonga hasta el siglo XV con las culturas cañari (aún por investigar a fondo) e inca; una etapa colonial modesta cuya economía se basó en buena parte en el comercio y en su estratégica posición en la carrera de Lima, entre Quito y Lima, y hacia el puerto de Guayaquil, además de haber sido un espacio minero de segundo orden.

Tampoco se destaca un momento republicano, en cuyas últimas décadas del siglo XIX somos testigos del florecimiento de una economía organizada

31. Por medio de la presente lista de autores y trabajos, la autora desea agradecer la contribución de estos estudiantes en los procesos de indagación y exposición de las memorias históricas de los monumentos. Información que ha sido utilizada parcialmente en este ensayo. Estas monografías reposan en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo y son: Carlos Cabrera Esquivel, Claudia Cadmilema Pérez y Pedro Moscoso García, “Propuesta tentativa para restablecer la memoria histórica del Santuario de la Virgen del Rocío en Biblián”; Arq. Remigio Palomeque Cantos y Arq. Rafael Arízaga Cordero, “Casona Pedro Carbo Universidad de Guayaquil”; Arq. Edmundo Iturralde, “Casa de Las Palomas, Cuenca”; Jenny Albuja y Ana Lucía Verdugo, “Todos Santos: su memoria histórica, Cuenca”; Xavier Estévez Abad y Wilson Pacurucu Urdiales, “La Casa de las Posadas, Cuenca”; Arq. Xavier Aguirre y Arq. Mónica Beltrán, “Monasterio de la Inmaculada Concepción de Cuenca”; Marco Vinicio Velecela Serrano y Mónica Pesantez Rivera, “La Picota y la Plaza, Cuenca”; Arq. Fabián Orellana Serrano, “La Curia Arquidiocesana de Cuenca”; Arq. Esteban Orellana Alvear y Arq. Bolívar Torres, “La Plazoleta del Vado, Cuenca”; Fernando Delgado y José Criollo, “La Catedral Vieja de Cuenca”; María Cecilia Achig y Mónica López Avilés, “La Catedral Vieja de Cuenca”; Arq. Nancy Quesada y Arq. Tania Peláez, “Casa Episcopal de Cuenca”, y Arq. Diana Piedra, Arq. Cesar Piedra, “Complejo arquitectónico Susudel, Azuay”.

alrededor del circuito mundial de la economía, debido sobre todo a la exportación de los mal llamados panama hats o sombreros de paja toquilla y la cascarilla o quinina, planta curativa de altas fiebres tercianas. Son años en los cuales la élite de la ciudad modifica sustancialmente la arquitectura, a veces remozando las viejas fachadas coloniales por unas neoclásicas o neobarrocas, elegantes, llenas de color y decoración de estuco, en otras, tumbando antiguas casas o templos coloniales para instalar grandes iglesias neogóticas como San Alfonso o el Santo Cenáculo. Este último fenómeno tiene lugar entre 1860 y 1940 y cambia, literalmente, la percepción y manejo de la ciudad.

La urbe entra en la modernidad a medias y a tientos por los años de 1970, una ciudad vinculada íntimamente a la poesía mariana y a un periodismo intensamente dinámico y de grandes logros desde las facciones conservadoras y liberales, da paso a una incipiente industria del caucho y de la cerámica. Sin embargo, hay muchos aspectos adicionales de una ciudad que guarda sus personajes y sus fiestas tradicionales, la “chola cuencana”, los artesanos y sus barrios toquilleros, ceramistas, ebanistas o herreros, las fiestas del Corpus Cristi y las navideñas del Pase del Niño, sus dulces dulcísimos; y abre nuevas ventanas al deporte, al arte contemporáneo a través de sus Bienales Internacionales de Pintura, a la nueva medicina y los grandes centros médicos, a regionalizar sus varias universidades.

Sí, precisamente eso, una ciudad que guarda, pero no comunica sino oralmente al seno de una que otra familia, que vive pero que no conoce lo que vive, que no se piensa visible al otro. En este contexto, la recuperación histórica y la comunicación de la misma a través de sus monumentos y barrios parece no ser aún prioritario. Entonces, se van perdiendo las formas de hacer la tradicional sopa de maíz el *mote pillo* y se han olvidado las leyendas, la del “Espadachín Zabala”, por citar tan solo una, o el nombre antiguo de las calles y las plazas, las locuras de la bohemia en las ocultas cantinas. En fin, debido a ello, el último libro de varios autores que se publica hace dos años sobre esta ciudad y su región –*Cuenca. Santa Ana de las Aguas*–,³² es de un valor extraordinario porque hace conocer de forma seria pero muy asequible y amena, las diversas dimensiones de la urbe. Los textos y las evocadoras fotografías tanto antiguas como actuales, pueden servir como apoyo en proyectos para la difusión de la historia regional. Hace pocos meses se lanzó una obra del francés Jacques Poloni-Simard, traducida al castellano: *El mosaico indígena. Movilidad, estratificación social y mestizaje en el corregimiento de Cuenca (Ecuador) del siglo XVI al XVIII*, obra que aporta con

32. Ernesto Salazar, Diego Jaramillo, Juan Martínez, Ana Abad y Felipe Aguilar, *Cuenca. Santa Ana de las Aguas*, Quito, Librimundi/Enrique Grosse-Luemern, 2004.

una novísima información sobre el período y que resulta texto de consulta muy relevante para el conocimiento sobre la historia social y económica, en apoyo a lo poco que queda en pie del patrimonio edificado de estos momentos.³³

Las historias contadas a través de folletos de retóricos y obsoletos textos y fotos (mal ubicadas), o placas conmemorativas en honor de algún “prohombre” de la ciudad, son las formas más usuales de trasladar el conocimiento sobre estos bienes. Ni atractivas, ni divertidas, el usuario pasa por su lado sin siquiera percatarse de ellas. Se repiten los estereotipos: una iglesia bienaventurada y salvadora de almas, los hombres blanco-mestizos como únicos individuos que aportan en la construcción de la sociedad cuencana, el silenciamiento expreso de las poblaciones minoritarias tales como los indígenas, los negros esclavos o las mujeres comerciantes, el peso de importancia otorgado a las épocas incaica o colonial, entre otros. También se observó que ninguna de las entidades estudiadas tenía como propósito de corto o mediano plazo buscar formas más modernas de difundir la historia a través de medios digitales creando una página web, un CD informativo e interactivo, o un kiosco de información múltiple.

Si la recuperación y difusión del patrimonio histórico a través de sus bienes muebles e inmuebles es aún un proyecto en ciernes, el reconocimiento y develamiento de una Cuenca más allá de sus fronteras, parece una verdadera utopía. Me explico: si pensamos en que un alto porcentaje de pobladores de las dos provincias serranas del sur del país han emigrado a ciudades como Nueva York, Madrid, Murcia, Milán o Génova, la transformación cultural desde y hacia los lugares de inmigración y emigración debería ser contada. Los ocultamientos debilitan las identidades y causan el doble castigo al migrante pobre que se siente excluido dentro y fuera. Es decir, para hacer una historia incluyente deben considerarse el sinnúmero de *little Cuencas* que en la actualidad existen en varias ciudades y pueblos estadounidenses y europeos, así como el impacto en el comportamiento social de quienes se quedan en la ciudad o su entorno recibiendo las remesas y creando nuevos lenguajes arquitectónicos, por citar un área donde se visibiliza de manera real este fenómeno.

Me había puesto al otro lado de la valla de la historia, ya no para desentrañarla y contarla sino, y sobre todo, para vivirla, consumirla, y constaté una vez más que el aprehenderla era un ejercicio aburrido de paciencia: como dije, lectura de placas conmemorativas (Casa Episcopal o Curia de Cuenca,

33. Jacques Poloni-Simard, *El mosaico indígena. Movilidad, estratificación social y mestizaje en el corregimiento de Cuenca (Ecuador) del siglo XVI al XVIII*, traducción de Edgardo Rivera Martínez, Quito, Abya-Yala/Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), 2006.

por citar un ejemplo), uno que otro panel explicativo mal elaborado, un plegable de letra pequeña escondido tras algún mostrador o simplemente cédulas que no me decían más que fechas, eventos, que no apelaban ni a nuestros intereses, ni a nuestra curiosidad. Quizá más grave aún fue constatar que definitivamente no existía, ni había existido en los últimos 30 años, ninguna entidad que se pusiese como tarea la investigación, publicación y difusión sistemáticas de la historia de Cuenca y su región a través de sus bienes patrimoniales y mucho de lo que se sigue publicando corresponde a citas extensas de trabajos elaborados con anterioridad. Es un círculo vicioso, no se demanda, no se produce, no se educa y forma buenos historiadores del patrimonio.

Se han dado situaciones insólitas de las cuales destaco a modo de ejemplo tres. El INPC tiene su sede en la Casa de las Palomas en el centro histórico, residencia construida a principios del siglo XX y un hito por estar íntegramente decorada por bellísima pintura popular cuencana, amén de espacios que combinan la tradicional arquitectura colonial y las nuevas modas europeas a fines del XIX. Sin embargo, a pesar de haber sido restaurada parcialmente y de que su ingreso sea público, nada se dice sobre la misma. Igual cosa sucede con el antiguo edificio del Banco del Azuay de mármol rosado y ejemplo del más interesante neoclasicismo de la ciudad, actualmente ocupado por las oficinas del alcalde de la ciudad, entre ellas el departamento de educación y cultura, y tampoco se cuenta su historia. La Universidad de Cuenca adquirió hace poco tiempo una emblemática casa en la zona de El Barranco, la denominada Casa de los Arcos, destinando un monto para su restauración para convertirla en sede de posgrados y programas internacionales y aún no se proyecta una buena investigación histórica que pueda ser difundida entre sus ocupantes mediante la circulación hablada, escrita, televisada o digitalizada con el fin de que, a través de la misma, se brinde al visitante una visión panorámica sobre los sucesos alrededor del río principal de la ciudad y todo este barrio que caracteriza la zona baja del centro histórico –El Barranco–, las emblemáticas lavanderas del río que aún acuden con sus hijos y grandes cargamentos de ropa, la misma historia de la gran casona, las innumerables historias del río Julián Matadero o Tomebamba.

CONCLUSIONES Y SUGERENCIAS

Es emergente la tarea de definir una política sostenida de investigación y difusión de la historia del patrimonio edilicio cuencano y de la región. Una campaña que puede denominarse “Contar Cuenca”. Para ello cabe insistir en que se fortalezcan desde su municipalidad y el consejo provincial los depar-

tamentos pertinentes y que se destinen los fondos necesarios para hacer realidad este cometido. Es imprescindible que en convenio y coordinación con las universidades y centros de investigación privados se coordinen dichas acciones con resultados serios y a mediano plazo. Se trata de integrar a la recuperación material de un edificio la memoria histórico-simbólica del mismo y devolver a la comunidad la posibilidad de conocerse y fortalecer las múltiples identidades de la misma. Para ello propongo que se considere lo siguiente:

- La participación activa y reconocimiento de los más diversos actores sociales en donde se recojan y den voz a las clases, las etnias, que conforman el abanico multicultural de estas sociedades. La historia en buena parte y más aún lo difundido hasta el momento, ha considerado más bien a la clase pudiente masculina, blanco-mestiza, como modeladora de la historia regional.
- El develar y revelar el comportamiento de las mujeres, no solo en el ámbito de lo privado y en grupos anónimos, sino en sus funciones públicas. En la región se destaca –por citar un solo ejemplo– el papel de las comunidades de religiosas que durante la colonia literalmente intervinieron en los más destacados aspectos financieros, al ser las entidades o individuos prestamistas más importantes.
- Reconstituir los mitos fundacionales ampliando los espectros de la participación política de los diversos sectores sociales, intentando dejar atrás la linealidad y univocidad de unas historias formuladas desde los tradicionales sectores del poder. Buena parte de la historia cuencana ha estado muy ligada con el poder de los sectores eclesiales, sería interesante indagar de mejor manera en el sinnúmero de organizaciones gremiales progresistas que aparecieron a fines del siglo XIX y jugaron un importante papel en la transformación del inconsciente colectivo de la región. La arquitectura es un medio idóneo para ello, pues muchas de las edificaciones fueron realizadas precisamente para estas nuevas organizaciones.
- Integrar la construcción del hábitat arquitectónico con el paisaje donde se asienta, es decir, relevar las nuevas constituciones y usos de un paisaje incorporado sin crear la dicotomía campo-ciudad, dentro-fuera. Las actuales casas-quinta, actualmente integradas al perímetro urbano –Chaguarchimbana o Bolívar–, pueden ser un buen espacio para ello.
- Inventar nuevas redes discursivas no retóricas-estéticas en donde se tiende a crear grandes silencios en torno a lo que la sociedad de poder juzga o juzgó marginal, con el fin de promover una comunicación más democrática con la población. Es importante incluir el te-

ma de la migración –por citar uno de los temas y grupos silenciados o marginados de la historia- en los discursos histórico-culturales contruoidos alrededor del patrimonio.

- El centro somos los seres humanos que ocupamos estos espacios patrimoniales. Retomar el valor de un monumento no como un objeto o ente patrimonial sino como la cultura material de una sociedad que sigue haciendo historia. No sirven las fachadas retocadas y las placas congeladas en el tiempo. No se trata de promover la lectura o vista de fechas y nombres, sino de acciones positivas que los azuayos han realizado en torno a su propio devenir y a través de sus múltiples acciones y sentires: deportivas, religiosas, productivas, creativas.
- Si los individuos somos el centro de nuestro patrimonio y estos queramos o no, seamos o no globalizadores, nos debemos a una condición ligada al terruño, la recuperación de esta memoria debe enfatizar las peculiaridades que hacen que contar el cuento-historia sea trasladado, receptado y reconocido por los usuarios, más aún si se trata de sociedades que al presente requieren con urgencia del fortalecimiento de sus identidades. Dejar de lado las generalidades y ambigüedades, enfatizando un imaginario que se origina en la vida cotidiana y se construye a partir de esta. Valorizar la construcción en tierra, la tecnología sismo-resistente, los descubrimientos técnicos y estéticos de la cerámica regional, los sabores del maíz o el baile de Tucumán o cintas.

Estos aspectos y otros deben ser considerados como una prioridad institucional, no como chispazos esporádicos de algún funcionario culto, cosa muy común en nuestro medio, caso contrario, nuestro patrimonio servirá simple y llanamente como un atractivo visual maquillado para el turista-transeúnte y no como la mejor y más efectiva forma de luchar contra la globalización unificadora y el silenciamiento de sociedades ricas de tradición y potencialidades.

